

SERMON PREDICADO

POR EL SR. MAESTRESCUELAS DE LA

CATEDRAL DE GUADALAJARA

Dr. D. Ramón López,

EN LA NACIONAL

COLEGIATA DE GUADALUPE,

EN LA FUNCION DE LA

2.<sup>A</sup> PEREGRINACION JALISCIENSE

AL TEPEYACATL.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

GUADALAJARA.

Imp. de J. M. S. y Hno. Sues. Imp. Avenida Alcalde Núm. 13.

1904.

BT660

.G8

L6

c.1

136

983

Sr. Benigno D. Guaterio Valverde Feliz  
México.

BT660

.G8

L6

c. 1

42130

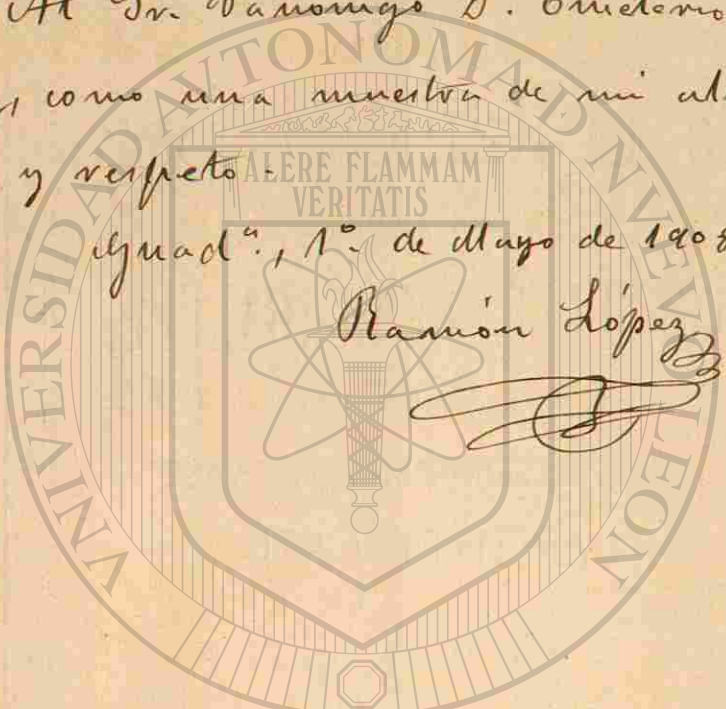
004983



1080026694

Al Sr. Benigno D. Emeterio Valverde  
Tellez, como una muestra de mi alta estima  
y respeto  
Igual<sup>da</sup>, 1<sup>o</sup> de Mayo de 1908.

Ramón López



# SERMON PREDICADO

POR EL SR. MAESTRESCUELAS

## Dr. Don Ramón López,

EN LA NACIONAL

### COLEGIATA DE GUADALUPE,

EN LA FUNCION DE LA

2.<sup>A</sup> PEREGRINACION JALISCIENSE

AL TEPEYACATL.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca V. de Tellez

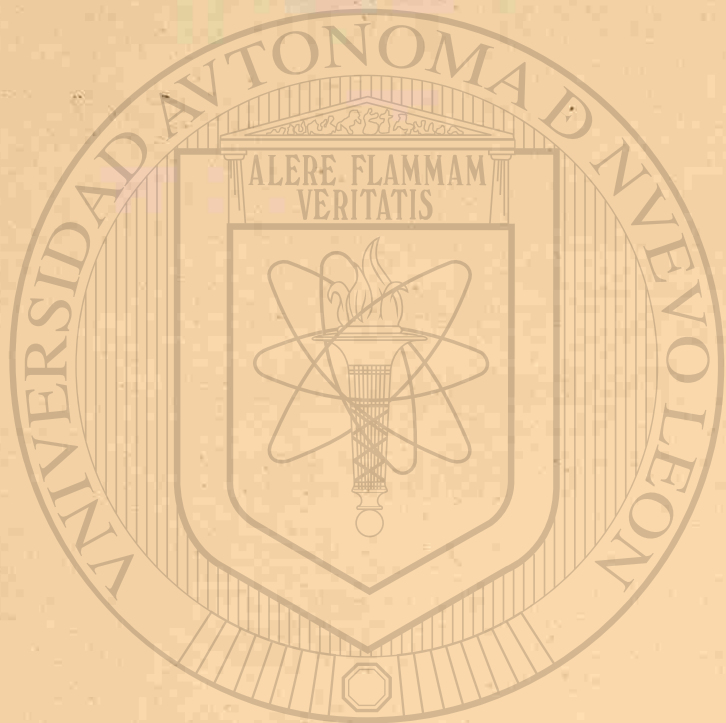
GUADALAJARA

Ancira y Hnos. Sucs. Imp. Avenida Alcalde Núm. 13.  
1904.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA V. DE TELLEZ  
42136

BT660  
.88  
L6



FONDO ETERNO  
VALVERDE Y TELLEZ



Et apertum est templum Dei in coelo;  
et visa est Arca Testamenti ejus in tem-  
plo ejus; et facta sunt fulgura, et voces,  
et terremotus, et grando magna.  
(Apocalyp., XI, 19.)

Y se abrió el templo de Dios en el cie-  
lo; y el Arca de su Testamento fué vista  
en su templo; y fueron hechos relámpa-  
gos, y voces, y terremotos, y grande pe-  
drisco.

EXCELENTÍSIMO Y REVMO. SEÑOR DELEGADO APOSTÓLICO:

ILMO. Y RVMO. SEÑOR ARZOBISPO:

M. I. Y V. CABILDO:

V. CLERO:

Señores:

**Q**UÉ grandioso y sublime es el Catolicismo en todas sus manifestaciones! <sup>®</sup>  
¡Todas ellas son como ráfagas desprendidas de la gloria; como cielos de cielos que en series infinitas y conjunto bellísimo, cantan las magnificencias del Señor! *Caeli enarrant gloriam Dei.*

004983

¡Y en uno de esos fúlgidos cielos nos encontramos, oh católicos, en este lugar sagrado y en el actual momento histórico!

¡Sí, hémos aquí á los presentes, venidos, el mayor número, de lejos, y de las inmediaciones, otros, contemplando extáticos á esta Virgen Guadalupana, que forma Ella sola toda una revelación, todo un mundo, todo un cielo, y que se llama nuestra Madre, nuestra Protectora y nuestra Reina!

Ah! ¡bien podemos, con toda justicia, exclamar, en estos dichosos instantes, dirigiéndonos á esa Doncella celestial que está ahí retratada por milagro en esa maravillosa pintura! *Salve, sancta Parens, enixa puerpera Regem qui cælum terramque regit in sæcula sæculorum.* «Saludámoste regocijados, oh Madre Santísima, que, siempre Virgen, diste á luz al Rey que gobierna los cielos y la tierra por los siglos de los siglos!» *Salve, Regina, Mater misericordiæ, vita, et dulcedo et spes nostra!* «Recibe, sí, nuestro filial saludo, oh Reina, oh Madre misericordiosa, vida, dulzura y esperanza nuestra!» *Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi. Filii tui de longe venient, et lix tuæ de latere surgent!* «Dirige tus ojos en derredor, y mira: todos los que estamos aquí, nos hemos congregado, de lejos y de cerca, de todas las clases y condiciones, y venimos exclusivamente en tu honor!»

Señores, una vez más en esta colina santa, en esta Sión del Nuevo Mundo, cúmplase aquel vaticinio que, al rumor del Psalterio, entonara David el Profeta Rey: *Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini: testimonium Israel ad confitendum nomini Domini.* (Psal. 121, v. 4.)

Tres siglos y setenta y tres años ha que de todos los alrededores del Tepeyacatl y de los países lejanos del Anahuac, apenas resonó en estos aires purísimos la voz de María, dulce como la miel y el panal, doliente como la de la tórtola gemidora, apocalíptica como la de la Madre adoptiva del discípulo amado de Jesús, acuden presurosas las gentes del Nuevo Mundo, subiendo gozosas á este collado sacro, en el cual ven, ora, como Jacob en el desierto, la «casa de dios y la puerta del cielo;» ora, cual Moisés frente al Horeb, la «zarza» misteriosa que el fuego rodea y que se conserva siempre verde y floreciente en medio de las flamas; ya, como Elías, este gran

Profeta de Israel y triunfador del Anticristo en los últimos tiempos, la «nubecilla» que de la mar se eleva; ya, como el pueblo hebreo, la fortaleza de Sión, de la cual saliera la ley salvadora para la joven América, para este afortunado Israel de la humanidad. Sí, tres siglos y setenta y tres años ha que las Indias Occidentales, en estas regiones, envían comitivas y más comitivas, muchedumbres y más muchedumbres, á esta Betel santísima, en representación de sus pueblos, para derramar aquí sus corazones á los pies de la Virgen del Tepeyacatl, proclamando su excelsitud de Madre de Dios, y profesando la fé católica de sus nacionales, y glorificando en todo el nombre del Señor. *Illuc enim ascenderant tribus, tribus Domini: testimonium Israel, ad confitendum nomini Domini.*

Y una de esas romerías, de esos viajes de oración, de esas cruzadas entusiastas de fervidas preces, formamos hoy los hijos de Jalisco, marianos de abolengo, guadalupanos de sangre pura, como educados en la escuela de los Mendiola y los Garavito, de los Alcalde y los Cabañas, de los Aranda y los Espinosa, de los Loza y los López.

Venimos de allá donde el sol se pone atravesando cielo de azul purísimo y entre sonrisas y alhagos de naturaleza espléndida, á esta nuestra casa solariega, á la casa de nuestra Madre, á esta Insigne Colegiata Nacional Guadalupana.

Hemos dejado por unos días nuestros lares y abandonado nuestras montañas, bosques, aldeas y ciudades, diciendo cada uno de nosotros para sí, como David: *Lactatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.* [Psal. 121 v. 1.) «Me llena de júbilo cuanto se me refiere de la Virgen del Tepeyacatl; vamos, vamos sí, cuanto antes, á ese domicilio del Señor y habitación de nuestra Madre;» ó pensando y exclamando á manera de Moisés: *Vadam et videbo hanc magnam visionem.* Haré viaje y me gozaré viendo admirado esa visión magna, esa revelación grandiosa, ese Apocalipsis de los destinos excelsos de mi Patria, escrito con jeroglíficos del cielo.»

¿No es verdad, oh, Virgen Madre, que tres veces á tus plantas has visto aquí á tu querida Hija la Iglesia de Guadaluajara?

Recuerdas?

Nueve años van á cumplirse de que los jaliscienses, representados todos por Comités de todas las clases y gremios, aquí mismo, bajo las bóvedas de este Santuario, en los momentos solemnes de la gran ceremonia litúrgica, al ser tú coronada con aurea diadema, por delegación del Papa León XIII, del Pontífice Luminar, de ese sol del Pontificado, que se acaba de poner entre las nieblas de la gloria, cúponos la dicha, en unión del concurso más selecto de nuestra Nación y del Nuevo Mundo, de victorearte, por la vez primera, entre aplausos, como Emperatriz de México. ¡Viva la Reina!..... exclamamos todos, entonces, en un desborde magnífico de celestial entusiasmo, al cual siguió la universal explosión de la más grandiosa de las populares manifestaciones, del plebiscito más espontáneo y sublime de todos los plebiscitos de corazón.

Y te acuerdas también? Un año hace que, en este mes primaveral, cuando la naturaleza toda es un vergel en su apogeo, la Arquidiócesis de Guadalajara, con su ínclito Jefe á la cabeza, mediante una embajada de cerca de dos decenas de millares de peregrinos, la Romería más numerosa y compacta que ha visitado esta Basílica, llegó aquí por la vez primera bajo esa imponente forma, como legión fulminante de la Plegaria, á saludar á su Virgen Soberana, á templar sus armas al fuego de su amor y á recibir y meditar sus órdenes de Generalísima del Reino de Cristo, para luego lanzarse á la lid en los campamentos del Evangelio, á la luz indeficiente del ideal guadalupano.

Y ahora..... Ahora aquí tienes una vez más á tu Hija carísima la Iglesia de Guadalajara, nuevamente con su Caudillo al frente y representada por esta numerosa Romería. *Omnes isti congregati sunt, venerunt tibi.* Mira: nos hemos congregado y venido á tí, presididos por el Dignísimo Representante de la Santa Sede, por el Excelentísimo y Reverendísimo señor Delegado Apostólico, quien se ha dignado honrar nuestra fiesta y participar de nuestra dicha, no solamente por motivo de la solemnidad suntuosa que, año por año, en turno con sus hermanas las demás Diócesis de la República, te dedica en este Santuario la Metrópoli Jalisciense, cual manifestación de su amor y gratitud y para impetrar tu socorro, sino también por tres nuevos fines:

Primero, para celebrar de hinojos ante la Purísima Mexicana, ante esa obra sobrenatural del arte angélico el Año Jubilar Mariano, el Cincuentenario gloriosísimo de la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción: Segundo, para festejar el triple Cincuentenario de la confirmación consoladora del Patronato Guadalupano, por el gran Benedicto XIV: y Tercero, con el fin de poner manos á la obra, cooperando, por nuestra parte, con el mayor y más hermoso y trascendental contingente, á la restauración de todas las cosas en Cristo (*instaurare omnia in Cristo*), á la cual á todos nos llama el Caudillo actual de la Cristiandad, el Papa de la Caridad, el Pontífice Nono de los Píos, personificación sublime de la Democracia Cristiana y abanderado de la renovación del Reino de Jesucristo, bajo las banderas de la Inmaculada.

Qué expedición tan gloriosa ésta! Qué empresa tan magnífica.....!

Está, por tanto, declarado el objeto de mi discurso al tener la honra de ser el intérprete de la 2ª Peregrinación Jalisciense en este día y en el festival religioso del actual momento histórico.

¿Mas dónde buscar el ideal de mi Oración, para cumplir tarea tan grata cuando difícil para mis pobres aptitudes?

¿Qué podré yo decir, mísero de mí, en esta la primera tribuna religiosa de la Nación, donde el númen divino de la elocuencia cristiana ha inspirado la palabra de tantos y de los más afamados y diestros oradores sagrados?

¡Ah, señores, la confusión me abrumba, y quisiera rehuir el cargo! Pero ..... también me he dicho á mí mismo: ¿porqué no esperarlo todo, aunque indigno, de la celestial bondad y misericordia de la Virgen del Tepeyacatl? ¿No es Ella mi Madre? ¿No ha inspirado mis pensamientos desde mi niñez? ¿No ha sido Ella la Patrona jurada de mi tierra natal, desde un siglo antes de mi existencia.....?

Ha sido, hermanos míos, ¿porqué no decirlo? uno de mis ensueños el hacer alguna vez en este lugar el encomio de la Santa Madre y Reina de México. ¡Y por fin, Ella, siempre clemente y benigna siempre conmigo, se ha servido acceder á mi anhelo!

*Dignare me laudare te, Virgo sacrata:* «Dígnate conce-

derme ¡oh Virgen sagrada! que te dirija, siquiera una vez en mi vida, mis pobres alabanzas en tu Santuario del Tepeyacatl, para deshago de mi alma:» la he rogado entre suspiros y lágrimas, y mis deseos van á ser colmados!

¡Gracias, Madre amorosa, gracias, mil gracias te doy.....!

¡Mas dónde, repito, dónde buscar el ideal de mi Oración, en circunstancias para mí tan excepcionales?

Señores ..... ya lo encontré ..... ¡loado sea Dios!..... Revisando los Oficios litúrgicos de la Bienaventurada Virgen María en sus diferentes Apariciones, en uno de ellos presentóseme una idea que me satisface, y es la que aparece en el texto de mi discurso. «Y se abrió el templo de Dios en el cielo, y el Arca de su testamento fué vista en su templo; y fueron hechos relámpagos, y voces, y terremotos, y grande pedrisco.» Esto dice Juan, el discípulo amado de Jesús, el secretario y confidente íntimo del Verbo Humanado, el hijo adoptivo de la Madre de Dios, cuando, desterrado en la Isla de Patmos, entre visiones proféticas, escribió el Apocalipsis.

Ahora bien: voy á manifestar que esa visión del Aguila de Patmos acomodase perfectamente, con grandiosidad excepcional, á la Aparición milagrosa de la Santísima Virgen de Guadalupe en este sitio sagrado; y que, de consiguiente, aquí está para México el centro del Sobrenaturalismo Cristiano; aquí la bandera de la Redención; aquí la prenda y el foco indeficiente de la grandeza, de la civilización y de la gloria. En otros términos: me propongo demostrar que «en la Virgen del Tepeyacatl está para México el ideal de la restauración de todas las cosas en Cristo, que constituye el grandioso lema del gran Pio X.»

¡Virgen de Guadalupe! ¡Te recuerdo mi súplica, en estos momentos solemnes! «*Dignare laudare te, Virgo sacrata.*» ¡Dígnate, oh Virgen sagrada, concederme que haga un elogio tuyo conveniente, para gloria de Dios y gloria tuya, y para el bien espiritual de mis oyentes y de todos tus hijos, hasta de los que no te buscan y andan errantes lejos de tus caminos.....! Todos los presentes, pedimos, á este propósito, por intercesión tuya, los carismas del cielo, saludándote con el Angel.

AVE MARIA.

Antes de abordar la demostración de mi tesis, sentaré algunos preliminares.

La palabra *Apocalipsis*, derivada de la lengua griega, pero que no habían usado los sabios de la culta Grecia, creación es de la lingüística cristiana, y significa lo mismo que «Revelación,» en Castellano. Mas el sagrado libro del Apocalipsis, único libro de carácter profético entre los del Nuevo Testamento, el Apóstol San Juan, después del martirio que sufrió ante la Puerta Latina, y del cual salió incólume, y hasta más vigoroso que antes, lo escribió en la Isla de Patmos, á donde fué desterrado por causa de su fé y de su apostolado. Allí, entre las brumas de la profecía y envueltos en símbolos y enigmas, le fueron revelados, en el decurso de éxtasis misteriosos y en visiones de significación profunda, los arcanos del cielo y de la tierra, y, sobre todo, las vicisitudes de la Iglesia ó Reino de Jesucristo al través de las edades, hasta la consumación de los siglos y los esplendores indefinientes de la eternidad.

Todavía más.

En el Apocalipsis contiéñense los secretos mismos que estaban ocultos en el libro de los siete sellos de que habla San Juan, y ante el cual, viéndolo impenetrable, lloraba el Profeta confidente del Verbo, hasta que el Cordero sin mancha rompió los sellos y esclareciéronse los arcanos.

Es, de consiguiente, el libro de mi texto un libro pletórico de arcanos, de misterios, de enigmas, de símbolos, como lo atestigua el gran San Jerónimo, ese inmortal especialista y gigante de la Exégesis Bíblica, y conviértese en un laberinto sin salida, como dice el insigne Alápide, para el audaz que, fiado en altanera ciencia, pretenda rasgar el velo que allí cubre los designios del Omnipotente. Mas no sucede lo mismo á quien, llevado por la mano de la Iglesia y escuchando humilde á esa Pedagoga Celestial de la humanidad, se propone únicamente penetrar en esas obscuridades venerandas, tan solamente por amor á la verdad, para provecho de las almas, y buscando en todo la gloria de Dios.

Pues bien, señores: como antes lo indiqué, uno de esos

misterios, una de esas místicas visiones que el Santo proscrito de Patmos, el teólogo por antonomasia, el vidente de aquel silencioso yermo pinta de un rasgo en su profético libro, es la consignada en el texto de mi Oración. «Y se abrió—dice el vate del Apocalipsis—el Templo de Dios en el cielo; y el Arca de su Testamento fué vista en su Templo; y fueron hechos relámpagos, y voces, y terremotos, y grande pedrisco.»

¡Que visión tan misteriosa, oh católicos! ¡Qué abismo tan profundo se esconde bajo la superficie de esas lacónicas frases! ¡Qué horizonte tan vasto se ostenta, con sólo correr un poco el denso velo de esa brevísima narración del Apóstol Profeta! Gocémonos unos momentos, siquiera sea con temor y temblor, en el maravilloso espectáculo.

Tres símbolos comprende esa visión de San Juan: el Templo de Dios, abierto en el cielo; el Arca de la Alianza Divina mostrándose en ese mismo Templo; y luego, como resultado de esas manifestaciones, una especie de barahunda, una mezcla tremenda y confusa de relámpagos vocerío, terremotos y fenomenal granizada.

¡Qué visión, repito, señores, tan maravillosa y en qué circunstancias!

Mas no pretenderé examinar, en los cortos momentos de que dispongo, todo el contenido de esos tres símbolos, de esa triple visión apocalíptica. ¿Ni cómo intentar semejante empresa, cuando el solitario mismo de Estridonia, el rey de los Exégetas, el sapientísimo y eruditísimo San Jerónimo, asienta que en el Apocalipsis cuéntanse tantos misterios como palabras, y todavía esta afirmación le parece corta?

Me fijaré, por tanto, de una manera especial, para mi objeto, en el segundo miembro del texto, tocando sólo de paso los otros, y de él únicamente examinaré la corteza, por decirlo así, sin desmenuzar el meollo.

Vamos al asunto.

Hé aquí una brevísima interpretación del pasaje:

El cielo de que se trata en el lugar en cuestión, es el cielo Empíreo, el cielo de la gloria. Y el Templo que allí se abrió, conforme á una de las interpretaciones, lo forma la Sacrosanta Humanidad, ya entonces gloriosa, de Jesucristo. Mas allí, en el centro de esa misma gloria, se destaca ense-

guida, como el Arca del Testamento, María, la Virgen Madre del Verbo Encarnado, la gloriosa Asumpta á los cielos. Y después, como consecuencia de ese triunfo completo del orden sobrenatural de la Redención, de esa victoria definitiva de la Ciudad de Dios, óyese y percíbese la confusión, el espanto, el estruendo, etc., de la derrota última de Satanás y sus huestes; la submersión espantosa de la Ciudad del Mal en los abismos eternos, en donde sólo se escucha el llanto y el crugir de dientes, donde no existe ningún orden sino tan solamente horror sempiterno.

Partiendo, señores, de esa interpretación, la más capital, en ese cuadro estupendo que imaginariamente contempló el Profeta en su solitaria mansión, haré alto unos momentos en la contemplación de María, vista en el cielo como Arca del Testamento, en sus relaciones con la Redención y con su Inmaculada Concepción, y luego, aunque sea someramente, me fijaré en una aplicación de la misma visión al portento del Tepeyacatl, en general, y, sobre todo en el presente momento histórico.

I. María, considerada como Arca del Testamento, en sus relaciones con la Redención, y, sobre todo, con su Inmaculada Concepción.

En la Exégesis Bíblica, señores, tomando por base el sentido místico, ya es una doctrina sin discusión que, aquella Arca misteriosa que, mediante una disposición minuciosa de Dios, fabricó Moisés y encerró en el «*Sancta Santorum*» del Tabernáculo del desierto, y después fué colocada en el Monte Sión y en el Templo de Salomón, siempre ha sido considerada como un símbolo grandioso de María, la Madre Virgen del Hombre-Dios.

¿Queréis que establezca, en estos cortos instantes, el parangón pormenorizado entre la figura y la realidad, entre el Arca de la Alianza en el Testamento Antiguo, y María, la Madre del Verbo hecho carne, en el Testamento Nuevo, en la plenitud de los tiempos, y trasladada al cielo, en cuerpo y alma, en su inefable Asunción?

¡Ah, hermanos míos, muy bueno sería, y muy grato para mí, el recorrer paso á paso siquiera fuese los linderos de ese paralelismo sublime, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y entre éste y la Eternidad Feliz, estudiando esa sola compa-



ración entre el Arca de la Alianza y María! Pero las condiciones de esta sagrada tribuna me impiden ahora el espaciarme en tal asunto y dejar el preferente de mi discurso. Doy, en consecuencia, por sentado, como lo patentizan por extenso los Sagrados Intérpretes, á la cabeza de ellos el egregio Alá-pide, que ese paralelismo grandioso es una realidad espléndida, y que la silueta de María, en el orden moral, se dibuja ella sola, únicamente con analizar punto por punto, en sentido místico, la estructura del Arca del Testamento. Sí me permitiré llamar vuestra atención, aunque sea de paso, ya que en el presente festival quiérese también, particularmente, celebrar el Año Jubilar Mariano, siendo esta solemnidad una de las múltiples manifestaciones que constituyen el programa de las Fiestas Jubilares del Quincuagenario de la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción, que precisamente en el Arca del Testamento, al estar cubierta de oro purísimo, interior y exteriormente, ya se prefiguraba con especialidad la Pureza Original de María, su exención de todo pecado, de toda mancha, desde el primer albor de su existencia, y la plenitud de la gracia, desde que hizo á esa Virgen su Autor, ó sea desde que salió Ella de la boca del Altísimo, como la primogénita de todas las criaturas, como la predestinada en jefe de todos los predestinados, teniendo Ella la primacía en ese orden, exceptuado solamente el Hombre-Dios.

Quede, por tanto, consignado, que en la visión apocalíptica del Profeta de Patmos, el Arca del Testamento que se ostentó en el Templo de Dios, en el Cielo Empíreo, fué María; sí, María, con toda su historia, con toda su excel-situd, con sus privilegios todos, á contar desde su Predestinación hasta su Asunción; María, sí, levantada hasta las fronteras del orden sobrenatural supremo, de ese orden incomprensible que se llama de la Unión Hipostática: María, sí, emparentada con la Trinidad Consustancial; María, llamada por todas las generaciones Bienaventurada; y María, reinando para siempre sobre los cielos y la tierra, y exaltada hasta sobre los Coros mismos de los ángeles!

¿Para qué, señores, mayor detenimiento en esta parte de la visión de San Juan?

Ah! ¡Esa luz donde habita María es una luz inaccesible,

la luz de la gloria, y si pretendemos elevarnos hasta esa región, oprimidos seremos por esa misma gloria!

Descendamos, por tanto, de esas alturas á que en un rapto se elevó el biógrafo del Verbo Eterno, acostumbrado, como estaba, á manera de águila caudal, á ver de frente y de hito en hito al sol mismo del mundo de la gracia.

Bajemos, sí, de esa eminencia á otra eminencia, de ese cielo á otro cielo, inferior, ciertamente, en infinito grado, pero también lleno de encanto y de misterio, y girón de aquel cielo que se domina el Empíreo, y pintura de aquella gloria que es la gloria sempiterna. Es decir, pasemos, partiendo siempre de la misma visión de San Juan, á otro asunto mas concreto para nosotros, y que mas de cerca nos atañe á los mexicanos.

II. María, como Arca del Testamento, vista en sus relaciones con el portento del Tepeyacatl.

Era el siglo XVI y el mes de Diciembre de mil quinientos treinta y uno. Ya sabeis, ya sabemos todos los mexicanos, desde los niños que frecuentan hoy la escuela primaria, cuál era la situación de la raza indígena del antiguo Anáhuac en ese período primero de la conquista. ¿Para qué detenerme á bosquejar las sombras de ese cuadro? No quiero, señores, no, alzar aquí los vendajes de antiguas heridas, ni mucho menos me permitiré, cual ofendido mexicano, exhalar hoy quejas preñadas ora de enojo, ora de ingratitud, contra la Madre Patria. No, mil veces no. Pero las gentes nahuatlacas eran, al fin, la raza conquistada, y quien dice pueblo vencido y conquistado, siquiera lo sea por una nación católica, dice lo suficiente, tanto más cuanto que el "*miscuit utile dulci*" de Horacio, el arte de enseñar divirtiéndose, de la Pedagogía Moderna, todavía no se aplicaba entonces en la educación de pueblo á pueblo, y de pueblo vencedor á pueblo vencido y subyugado; ni lleva trazas la humanidad de aproximarse á ese bellissimo ideal. Dígalo el mundo en este momento histórico..... ¡Pero además de eso ¡tristísima cosa! la Religión verdadera, que había de regenerar aquellas masas idólatras y bárbaras y dadas al canibalismo y la antropofagia, con dificultad se abría paso por aquí y acullá, y apenas brillaba de cuando en cuando como luciérnaga en tenebrosa noche. Los pobres misioneros, esos primeros sem-

bradores de la semilla del Evangelio, en estas regiones, sembraban en tierra ingrata, que hacían todavía más ingrata los abusos y crueldades de aventureros desapiadados y crueles que hasta llegaron á poner en tela de juicio la racionalidad de los indios.

¡Más hé aquí que de repente el espectáculo cambia; aquel escenario enlutado se transforma; un gran prodigio se verifica! ¡Otro Juan, otro discípulo amado de Jesús, un pobre neófito del Nuevo Mundo, humilde y sencillo, en triste y solitario sitio, en mustio collado, tiene también la visión del profeta de Patmos!..... ¡Sí, hermanos míos, aquí mismo en el Tepeyacatl, en esta colina santa, "se abrió el Templo de Dios en el Cielo; y el Arca del Testamento suyo fué vista en su Templo; y fueron hechos relámpagos, y voces, y terremotos, y gran pedrisco!".....

Ya sabéis la historia. El Señor inclinó los cielos y descendió, mejor dicho, el cielo bajó á la tierra, á esta misma tierra que nos sustenta en estos momentos, á este collado bendito que desde entonces fué la montaña santa del Nuevo Mundo; el monte que viera Isaías, colocado sobre el vértice de los montes; la Sión del Anáhuac, la Jerusalem de la América!

¿Quereis que refiera esa tiernísima historia? ..... "Corriendo el año del Nacimiento de Cristo Señor Nuestro, de mil quinientos treinta y uno,—dice el historiador Becerra Tanco,—y del dominio de los Españoles en esta ciudad de Méjico, y provincia de la Nueva España, cumplidos diez años y casi cuatro meses de extinguida la guerra....." Más ¿á dónde voy, señores? Si únicamente trátase de un discurso, y de un discurso breve, de festival y en él podría insertar la relación minuciosa del portentoso? ¡Imposible! Y ¿para qué referir lo que ningún mexicano digno de este nombre deja de saber al dedillo?..... ¡Mirad..... ahí está la síntesis de esa narración sublime; ahí la demostración del suceso; ahí la apología del portentoso!

¿Veis esa Imagen sacratísima, toda hermosa, (*tota pulchra*), que en tosco lienzo, en burdo ayate, sin aparejo artístico ninguno, y mezclados "imposiblemente" los cuatro géneros de la pintura, está ahí, con perfección sin segunda, y sin injuria efectiva del tiempo, no obstante hallarse en

contacto con elementos destructores, desde hace tres siglos y setenta y tres años, recibiendo el culto de las generaciones? ¡Ah! ¡este sólo espectáculo, sin más aditamento, basta y sobra para que podamos exclamar entusiasmados: «¡Oh Dios Santo! los prodigios todos de tu Bondad siempre aparecen eminentemente creíbles!» *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*

¡Sí, la propia Imagen que está ahí sobre toda gloria del arte nacional, y que forma el encanto de la Nación y el imán de las almas, constituye la aprobación del relato y la apología del Sobrenaturalismo Guadalupano!

¿Qué será si el portento se ve desde la altura y entre los esplendores que sobre él proyectan ora las narraciones ó tradicionales, ó históricas, ó panegíricas, ó apologéticas del prodigio; ora la devoción siempre radiosa y siempre creciente de individuos, de familias y de pueblos de las tierras que eran el Anáhuac antiguo, y también de gentes de toda la América, y aun de la Europa (la Ciudad Eterna inclusive); ya los milagros que aumentan y premian esa devoción; ya el testimonio y apoyo que á la propaganda guadalupana prestan unánimes el Episcopado, y el Clero, y la Ciencia, y la Literatura de la Cristiandad Mexicana, y hasta el impulso que la da el Magisterio mismo de Roma, por boca de los Papas Clemente X, Inocencio XI, Benedicto XIV, Pío VI, Gregorio XVI, Pío IX, León XIII, y Pío X.....?

Mas ¿para qué hacer tampoco alto en tales consideraciones, en estos momentos, cuando no es mi propósito el hacer de apologista en estos instantes, ni me sería dable efectuarlo en una breve Oración?

¡No, señores, ni la narración ni la defensa de la Aparición del Tepeyacatl, forman el tema de mi discurso! Doy por sentado que ese prodigio es el portentoso de los portentosos de México y la página de oro de nuestros anales y que es indiscutible; que reverbera verdad y sobrenaturalismo, por todos sus poros; que de cada golpe que en él se descarga, despide nuevos torrentes de luz; y me dirijo á mi objeto propio, que la es visión apocalíptica del discípulo amado de Jesús

Juan Diego, por tanto, el indígena, como representante

de su raza y cual nuevo Profeta de Patmos en el Mundo de Colón, vió, y no ya entre símbolos, enigmas y figuras, ni tampoco una sola vez, sino cuatro veces, en este montecillo, en este mismo lugar donde nos encontramos, el Arca del Testamento, en toda su espléndida realidad.

¡Sí, el cielo se estableció en este lugar. Una transfiguración se operó en este Tabor Mariano. Todos los objetos, bañados con esplendores celestiales, como que se sobrenaturalizaron. Las armonías del Empíreo resonaron en esta atmósfera santificada. Y en el centro de blanca y resplandeciente nube, rodeada del Iris, apareció María, la criatura concebida sin pecado y llena de gracia; la niña muy querida, la altísima Señora y Reyna muy amada como la llamó el venturoso Juan Diego; María, sí, la siempre Virgen y Madre del verdadero Dios, Autor de la vida Creador de todo y Señor del Cielo y de la tierra, que está en todas partes, como lo revelara la propia Aparecida Virgen; María, la que al pobre indio lo ama tiernamente, "como á pequeñito y delicado;" la que pidió le fuera labrado un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa, derramaría sus bondades sobre el azteca y sobre cuantos la buscaran é invocaran.....!

¿Ya lo véis, señores? ¿No se ha reproducido en este collado santo la visión de Patmos? ¿No fué éste lugar el cielo, desde mil quinientos treinta y uno, y no se abrió aquí en este cielo, el Templo de Dios, y dejóse ver el Arca del Testamento en su Templo?....¿Y no esta aquí todavía en parte, siquiera sea como la sombra, como el eco, como un recuerdo vagaroso, ese cielo, y ese Templo, y esa Arca de la Alianza?

Ah! sí! miradla! cuán hermosa! cuán pura! cuán santa! cuán.....divina!

*Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te!* la dice el Amado del Cantar de los Cantares, el Espíritu Santo, Dios mismo, quien pregunta en raptó de admiración:

*¿Quae est ista, quae processit sicut sol et formosa tanquam Jerusalem? Viderunt eam filiae Sion et beatam dixerunt et reginae laudaverunt eam.....*

¡Pero necesario sería, ¡oh católicos! aducir aquí todos los cánticos, todos los arranques de amor, y los elogios todos que

de María, en su Advocación de Guadalupe, ha compilado la Iglesia, en el Oficio y en la Misa del Patronato Guadalupano! ¡Ciento cincuenta años hace que esos elogios y esos cantares recibieron, la aprobación de Roma, la sanción solemne y oficial del Jefe del Catolicismo: y en todos ellos palpita el pensamiento mismo; en todos ellos osténtase que la Aparición del Tepeyacatl coincide con la visión apocalíptica del Arca del Testamento por San Juan, pero no como quiera, sino de una manera especialísima, con una predilección divina del todo singular en favor de México, de esta Nación privilegiada entre todas las Naciones del orbe!

¡Sí, ¿por qué no lo hemos de proclamar en todos los tonos, y á la faz del mundo, si todo ello refluye en gloria de Dios y de su Madre Santísima?

¡*Non fecit taliter omni nationi:* dícenos á los mexicanos la Hija del Altísimo, la Esposa Inmaculada de Jesucristo, por el magisterio de su Liturgia sublime, de esa enseñanza objetiva y maravillosa de las verdades más recónditas y aun del mismo dogma sagrado! "¡Constituidos por Dios bajo el patrocinio singular de María, y colmados, por consiguiente, de beneficios perpetuos," (*Deus que sub beatissima Virginis Mariae singulari patrocinio constitutos perpetuis beneficiis nos cumulari voluisti*):" nos llama también la Iglesia en el propio Oficio Guadalupano; y siendo doctrina teológica, que, á proporción que una gracia es más y más particular, aumenta más de valor, luego el patronato singular, *singulari patrocinio*, de María sobre México, denominado "singular" por la Iglesia misma, ¡qué maravillosamente se concierta con el *non fecit taliter* que en el orden de la gracia levanta á nuestra Nación sobre los pueblos todos.....!

¡Oh Patria mía! ¡Oh México!.....¿Qué gloria más grande puedes anhelar? ¿A qué destino más hermoso, mas sublime, más.....divino puedes aspirar y tender con tus energías todas?..... ¡Sí señores, aquí está para México, no cabe duda, el centro del Sobrenaturalismo Cristiano; aquí la bandera de la Redención; aquí la prenda y foco indeficiente de la grandeza, de la civilización y de la gloria; y aquí el programa, por tanto, de la restauración de todas las cosas en Cristo.....!

¿No refulge María en el centro, en el foco mismo de la economía divina, en el orden de la Redención ó sobrenatural, ó sea en el plan divino del orden de la gracia y de la gloria? ¿No es Ella la que posee, delegado por Dios, todo poder? ¿No es Ella, en su Concepción Inmaculada, la quebrantadora de la cabeza de la serpiente, la Corredentora del género humano, y la que da muerte á las herejías todas en el universo mundo? ¿No todas las tinieblas del error se desvanecen ante el Dogma de la Concepción Inmaculada?

Sí, señores, esta es la doctrina verdadera; y ésta es igualmente la historia.

Esta es la doctrina verdadera, sí, que hace patente, con su palabra infalible, en estos días, el gran Papa que hoy rige á la Cristiandad, el Décimo de los Píos, en su hermosísima Encíclica segunda, en esa su Carta Universal mariana, escrita toda ella en honor de María! Esa Carta, señores, tiene por objeto, precisamente, la restauración de las cosas todas en Cristo bajo las banderas de la Inmaculada. Así lo dice expresamente el ínclito Caudillo de la humanidad. Allí, en ese documento pontificio, que desde la Cátedra de San Pedro dirige al mundo el gran Papa mariano, el Papa todo humildad y bondad, todo caridad (*Ignis ardens*), enseña que, “á esta Virgen augusta le ha sido dado ser con su Hijo Unico, a muy Omnipotente Mediadora y Abogada del mundo entero” y que Ella es “refugio tan seguro y auxilio tan fiel contra todos los peligros, que nada hay que temer, ni por nada hay que desesperar, bajo su dirección, bajo sus auspicios, bajo su protección, bajo su égida.” Allí, el mismo Pedagogo Infalible de la humanidad, muestra que, “si los pueblos creen y profesan que la Virgen María, desde el primer instante de su Concepción, fué preservada de toda mancha, desde luego es necesario que admitan, tanto la falta original, como la rehabilitación de la humanidad por Jesucristo, y el Evangelio de la Iglesia, y, por último, la ley del sufrimiento, en cuya virtud, todo lo que hay de “racionalismo” y de “materialismo” en el mundo, es arrancado de raíz y destruido, y queda á la sabiduría cristiana la gloria de haber conservado y defendido la verdad.” Allí también el Pontífice de la Democracia Cristiana demuestra que el “anarquismo, doctrina, la más dañosa y perniciosa

á toda especie de orden, natural y sobrenatural, y peste igualmente fatal á la sociedad y al nombre cristiano, halla su ruina en el Dogma de la Inmaculada Concepción,” y que ese mismo Dogma “confirma nuestra fé, reaviva en nosotros la esperanza inflama nuestra caridad, y hace más eficaz nuestra oración, sabiendo por experiencia que la oración que brota de la caridad y que se apoya en la intercesión de María, jamás fué vana, y la Virgen, por su parte, no dejará de sostenernos en nuestras pruebas, por duras que sean, y de proseguir la lucha que desde su Concepción ha entablado, de modo que, cuotidianamente, podremos repetir estas palabras: “Hoy fué por Ella quebrantada la cabeza de la serpiente.” Allí, en fin, el invicto Jefe de la Iglesia, abriendo y derramando generoso, más que de costumbre, los tesoros celestiales sobre los fieles, invítanos á que, uniendo “la imitación de la Bienaventurada Virgen á los homenajes que habremos de rendirle, más solemnes en este año, así lleguemos más fácilmente á restaurar todo en Jesucristo.”

Y lo que ahora enseña en general, con relación á María, el actual Papa del Jubileo Mariano, lo sancionaron antes, con relación á la Virgen del Tepeyacatl, aquellos grandes Pontífices que antes mencioné. ¿Para qué recorrer uno á uno esos episodios del gran Poema-Realidad que se ha desarrollado y aun se desenvuelve en este lugar como en su centro? ¿No vamos á celebrar los Mexicanos todos, en el mes entrante, el triple Cincuentenario del triunfo de esa verdad, sellada por el gran Benedicto XIV? ¿No el egregio Papa León XIII, el Arcade virgiliano, fué el vate que, con plecto de oro, cantó las glorias de México en su Virgen Aparecida y le profetizó la grandeza legítima mientras camine al resplandor de ese ideal, y coronó á esa Imagen Milagrosa con la diadema que está ahí, coronando así la creencia guadalupana? ¿No el Pontífice actual acaba de abrir un horizonte de luz y de amor y de salvación para todos los fieles que, en Peregrinación, visiten este Santuario .....? ¿No el Pontífice actual acaba de abrir un horizonte de luz y de amor y de salvación para todos los fieles que, en Peregrinación, visiten este Santuario .....?

Pero .....dejemos la doctrina, la teoría, y vamos al hecho, á la historia

Aquí, señores, no me detendré en pormenores, porque sería enteramente transgredir las reglas de la discreción y la

prudencia, prolongando más este discurso. Me contentaré con una sola y ligera indicación. Vuestra ciencia y vuestra cultura tendrán que hacerlo todo.

En el texto de mi Oración, dícese que, después de haberse ostentado el Arca de la Alianza en el Templo abierto de Dios en el Cielo, fueron hechos relámpagos, y voces, y terremotos, y gran pedrisco; terminando así esta misteriosa visión apocalíptica de San Juan.

Ahora bien: los Sagrados Intérpretes manifiestan que esa confusa mezcla de tantas cosas, que se sigue á la aparición del Arca, simboliza, de preferencia, la derrota última del Anticristo y de Satanás al fin del mundo, por Jesucristo; pero también, secundariamente, los triunfos parciales de la Iglesia Católica, Militante en este planeta, ó sea de la Ciudad de Dios, y las derrotas consiguientes, parciales también, de Satanás y los suyos ó sea de la Ciudad del Mal. Luego, aplicada la visión de San Juan á la Aparición Milagrosa del Tepeyacatl, una vez que se ostentase María ó el Arca de la Alianza en México, tenía que seguirse un fenómeno análogo, simbolizado en el que percibió el profeta.

Y así efectivamente aconteció.

Todos lo sabemos. Ahí está la historia de nuestra Patria.

Apenas se apareció María en esta colina santa, dejando allí, en prenda, su Efigie Sacrosanta, y como sucede, al despuntar la aurora, con las sombras de la noche, las tinieblas del error se pusieron en precipitada fuga. A semejanza de lo que se refiere del Viejo Mundo á la venida del Verbo Humanado, también aquí el "gran Pan murió," y los dioses se fueron. Texcatlipoca, Quezalcóhuatl, Huitzilpochtli, Tonantzin, etc., etc.; las divinidades todas del Olimpo azteca, gimieron y lanzaron aullidos de espanto, y se hundieron para siempre en las regiones infernales, de donde habían brotado para reinar sobre el Anáhuac, en vez del Señor de los Cielos. *Quoniam omnes dii gentium demonia: Dominus autem caelos fecit.* Verdad es que otros dioses, es decir, otros demonios, han luchado á muerte, y otros y otros más proseguirán combatiendo por establecer en México nuevos Olimpos y paganismos nuevos, tomando mil formas, como el Proteo de la fábula. es decir: se han hecho y seguirán haciéndose relámpagos, y voces, y terremotos, y granizadas;

pero el Arca del Testamento seguirá viéndose en el Templo de Dios, abierto en el Cielo.

¿A qué se ha debido esto, señores? ¿Qué fenómeno es este tan raro? El Viejo Mundo casi se ahogó en el mar de sangre que de millones de Mártires derramó. La China y el Japón todavía resisten con fuerza de titanes á la propagación salvadora del Evangelio. ¡Y aquí, en el Anáhuac, de la noche á la mañana, como por ensalmo, todo cambió! ¡Las muchedumbres en tropel se precipitaban al seno de la Iglesia y pedían á gritos, y con lágrimas, el Bautismo; y la Religión verdadera extendió luego, blandamente, sus reales por todas partes.....!

¿Qué fenómeno es éste, repito?

Ah! Ya lo vemos! ¡Es que se abrió el Templo de Dios en el Cielo; y el Arca del Testamento suyo fué vista en su Templo; y fueron hechos relámpagos, y voces, y terremotos, y gran pedrisco! ¡Sí, es que la mujer del Apocalipsis, la quebrantadora de la cabeza de la serpiente, la Madre del Ungido, se apareció en el Tepeyacatl, *sicut aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata*: y desde entonces, aquí está y aquí estará diciendo: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum, et permaneat oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus!*

Desde entonces nuestra Patria formó en las filas de la civilización; pero no de esa civilización falaz que es un sepulcro blanqueado y lleno de podredumbre, de corrupción y de muerte; no de la civilización que se hace consistir en ejércitos y armadas formidables, en milagros babilónicos de la industria y en la extensión del comercio, para acaparar y adorar el oro, y que se sienta orgullosa, teniendo como escabel á sus pies, á la conciencia, la justicia y el derecho; sino de la civilización verdadera, de la civilización cristiana, de la civilización cuyo programa universal y sintético traza inspirado San Pablo en estas gráficas y sublimes frases de claridad mediana: *Omnia vestra sunt; vos autem Christi; Christus autem Dei.*

De buena gana quisiera, señores, aunque fuera á grandes pinceladas, bosquejar el cuadro de esa civilización, en que el progreso, siempre harmónico, siempre digno, avanza cruzando glorioso la tierra, con la mirada fija en el cielo. Pero no

se compadece con la oportunidad mi deseo, y tengo que apresurar el paso para llegar al término de mi Oración.

Queda, por consiguiente, patentizado, que en esta colina sagrada, que en este Santuario Guadalupano, está para México el Centro del Sobrenaturalismo Cristiano; la bandera de la Redención; la prenda y el foco indeficiente de la grandeza, de la gloria y de la civilización legítima; ó en suma, que, «en la Virgen del Tepeyacatl, á manera del Arca del Testamento para Israel, está para México el ideal indeficiente de la restauración de todas las cosas en Cristo; que constituye el divino lema del Jefe actual de la Cristiandad.»

¡Ya no hay, por tanto, ¡oh jaliscienses! ¡oh mexicanos! que habeis conocido á la Virgen de Guadalupe, que buscar nuevos ideales, ni andar por nuevos caminos!

¡Aquí, en el Tepeyacatl está el programa de nuestra excursión por este planeta; aquí la bandera de nuestras huestes, el santo y seña de nuestros combates, el grito de guerra que nos conducirá á toda victoria!

Nos lo confirma, con palabra infalible, en estos mismos días, el Doctor de la Humanidad y el Padre común de los fieles:

«Sobre María, como sobre el mas noble cimiento, después de Jesucristo, descansa la fe de todos los siglos,» enseña en su Encíclica Mariana, el egregio Pontífice actual. «Ella nos merece de *congruo*, como dicen los teólogos, lo que Jesucristo nos ha merecido de *condigno*, y es Ella el Ministro Supremo de la dispensación de las gracias.» Mas, «para que sea de buena ley el culto á la Madre de Dios, añade Pío X, debe brotar del corazón; los actos del cuerpo no tienen aquí utilidad ni valor, si están aislados de los actos del alma. Y éstos no pueden referirse sino á un solo objeto, y es que observemos plenamente lo que ordena el Divino Hijo de María.» Y procediendo de esta manera es como, según el eximio Papa, el quincuagésimo aniversario del acto pontificio por el cual fué declarada sin mancha la Concepción de María, debe provocar en el seno del pueblo cristiano entusiasmas impulsos; y así hay también que restaurar todo en Jesu-

cristo; y partiendo de esas mismas bases, añade: «nos parece, si hemos de creer un íntimo pensamiento de nuestra alma, que podemos prometernos, para un futuro poco lejano, el cumplimiento de las altas esperanzas, y no temeráis, sin duda alguna, que hizo concebir á nuestro Predecesor Pío IX, y á todo el Episcopado católico, la Definición solemne del Dogma de la Inmaculada Concepción de María.....Tantos y tan insignes beneficios, concedidos por Dios, á las piadosas instancias de María, durante los cincuenta años que acaban de pasar, ¿no deben hacernos esperar «la salvación por un tiempo más próximo del que habíamos creído?» «Por otra parte, es como una ley de la Providencia Divina, y la experiencia así nos lo enseña, que muy poca distancia media entre los extremos del mal y la salud.»

¡Qué palabras tan consoladoras, señores, las del gran Papa, del Papa todo caridad! ¡cuánto aliento y cuánto valor infunden!

¡Adelante, pues, oh compatriotas, oh católicos! ¡Esta Arca del Testamento nos guiará y nos dará la victoria en todas las batallas del Señor! ¡México, este Israel del Nuevo Mundo, con su Arca divina, pasará á pié enjuto el Jordán de la tribulación; verá caer solas, con estrépito, las murallas de la Jericó de hoy, del Naturalismo masónico, tras del cual se esconde el Satanismo de los tiempos antiguos; y vencerá siempre á los Cananeos modernos y á los Filisteos de hoy, ó sea á los enemigos todos del Catolicismo, siempre que permaneciere fiel á su Dios y acatare sus oráculos, dados en el propiciatorio de su Arca Santísima.

¡Sí, ¡oh María de Guadalupe, Arca veneranda del Nuevo Mundo, Virgen del Tepeyacatl, Madre y Reina de nuestra Patria, en Tí ponemos nuestra confianza! Tú eres la vida, la dulzura y la esperanza nuestra!

Tu dijiste, aquí mismo, en este lugar santo, que derramarías tus beneficios, como piadosa Madre, sobre cuantos te invocasen y buscaran.

¡Escucha, pues, nuestra súplica y remedia nuestras cuittas!

¡Te pedimos, ante todo, por el egregio Pontífice mariano que hoy gobierna á la Iglesia, por el gran Pío XI! ¡Ayúdalo, confórtalo en todo, juntamente con la Grey que le está

encomendada, para que realice grandemente su lema de restauración de todas las cosas en Cristo!

¡Rogámoste luego por el Dignísimo Representante de la Santa Sede, por el Vicegerente del Papa actual en esta porción del Reino de Cristo, que está aquí presente, honrando nuestro festival guadalupano! ¡Inspíralo, Virgen Santa, y dirígelo en todo, para que desempeñe con el éxito más feliz su alta misión salvadora!

¡Protege igualmente, oh Virgen del Tepeyacatl, al Pastor actual de la Grey Guadalupeña, que dentro de pocos momentos va á ofrecer por ella el Sacrificio de la Redención! ¡Que secunde más y más, en todo, nuestro Dignísimo Prelado, en su Grey, el bellissimo ideal de Pío X, de universal renovación en Cristo!

¡Y á la Peregrinación Jalisciense, que está aquí hoy á tus plantas, oh Virgen Madre, acógela bajo tu amparo, cúbrela con tu manto, bendícela, cólmala de felicidades!

¡En suma, oh Virgen del Tepeyacatl, *monstra te esse Matrem, sumat per te preces qui pro nobis natus tulit esse tuus*, muéstranos, que eres nuestra Madre, y has que tu Divino Hijo reciba nuestras preces por tus benditas manos! *Vitam praesta puram, iter pura tutum, ut videntes Jesum, semper colactemur*. ¡Concédenos el llevar siempre una vida pura; ábrenos un camino seguro para el cielo, para que nos goceemos allá con Jesús y contigo!

*Foederis Arca, ora pro nobis, ut digni officiamur promissionibus Christi*. ¡Arca sublime de la Alianza en el Mundo Nuevo, María Santísima de Guadalupe, Virgen del Tepeyacatl! ¡Que restaurando todo en Cristo, y renovándonos á nosotros mismos en el orden de la gracia, bajo tu guía y al resplandor de tu ideal, en todos nosotros se cumplan, en la eterna bienaventuranza, las promesas de tu Divino Hijo!

ASI SEA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L  
ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE NUEVO LEÓN



JUAN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

